

LOS CIMIENTOS DE LA FELICIDAD Y EL ÉXITO

de James Allen



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[Los cimientos de la felicidad y el éxito de James Allen](#)

Más Bien es la recompensa del Bien;
Más Virtud es el galardón de la Virtud;
Más capacidad es la corona del Uso.
En la Bondad, la Virtud y el uso sabio de todas nuestras facultades reside
toda la felicidad.
Otras formas de felicidad son efímeras,
Pero esta permanece, y no se desvanece.

PRÓLOGO

¿Cómo comienza un hombre a construir una casa? Primero obtiene un plano del edificio proyectado, y luego procede a construir de acuerdo con el plano, siguiéndolo escrupulosamente en cada detalle, comenzando por los cimientos. Si descuidara el principio —el principio basado en un plano matemático— su trabajo sería en vano, y su edificio, en caso de llegar a completarse sin desmoronarse, sería inseguro y sin valor. La misma ley se aplica a cualquier obra importante; el comienzo correcto y primer requisito esencial es un plan mental definido sobre el cual construir.

La naturaleza no tolera el trabajo chapucero, ni la dejadez, y aniquila la confusión, o más bien, la confusión es en sí misma aniquilada. El orden, la concreción y el propósito prevalecen eternamente, y aquel que en sus operaciones ignora estos elementos matemáticos se priva de inmediato de solidez, plenitud, felicidad y éxito.

James Allen

PREFACIO DE LA EDITORA

Este es uno de los últimos manuscritos escritos por James Allen. Como todas sus obras, es eminentemente práctico. Nunca escribió teorías, ni por el mero hecho de escribir; sino que escribía cuando tenía un mensaje, y este solo se convertía en mensaje cuando lo había vivido en su propia vida y sabía que era bueno. Así, escribía hechos que había comprobado mediante la práctica.

Vivir la enseñanza de este libro fielmente en cada detalle de la vida conducirá a algo más que la felicidad y el éxito; incluso a la Bendición, la Satisfacción y la Paz.

Lily L. Allen

Bryngoleu Ilfracombe, Inglaterra.

PRINCIPIOS RECTOS

Es sabio saber qué va primero y qué hacer primero. Empezar cualquier cosa por el medio o por el final es convertirla en un desbarajuste. El atleta que comenzara rompiendo la cinta de meta no recibiría el premio. Debe empezar encarando al juez de salida y colocando los pies en la marca, e incluso entonces una buena salida es importante si quiere ganar. El alumno no em-

pieza con el álgebra y la literatura, sino con el contar y el abecé. Así también en la vida: los hombres de negocios que empiezan desde abajo logran el éxito más duradero; y los hombres religiosos que alcanzan las más altas cimas del conocimiento y la sabiduría espiritual son aquellos que se han inclinado a servir un paciente aprendizaje en las tareas más humildes, y no han desdeñado las experiencias comunes de la humanidad, ni han pasado por alto las lecciones que de ellas se pueden aprender.

Lo primero en una vida íntegra —y por lo tanto, en una vida verdaderamente feliz y exitosa— son los principios rectos. Sin principios rectos para empezar, habrá prácticas erróneas que seguir, y una vida chapucera y desdichada con la que terminar. Toda la infinita variedad de cálculos que tabulan el comercio y la ciencia del mundo, surgen de las diez cifras; todos los cientos de miles de libros que constituyen la literatura del mundo, y perpetúan su pensamiento y genio, se construyen a partir de las veintisiete letras. El mayor astrónomo no puede ignorar las diez simples cifras. El hombre de genio más profundo no puede prescindir de los veintisiete simples caracteres. Los fundamentos en todas las cosas son pocos y sencillos; sin embargo, sin ellos no hay conocimiento ni logro. Los fundamentos —los principios básicos— en la vida, o el verdadero vivir, son también pocos y sencillos, y aprenderlos a fondo y estudiar cómo aplicarlos a todos los detalles de la vida, es evitar la confusión y asegurar una base sólida para la edificación ordenada de un carácter invencible y un éxito permanente; y lograr comprender esos principios en sus innumerables ramificaciones en el laberinto de la conducta, es convertirse en un Maestro de la Vida.

Los primeros principios en la vida son principios de conducta. Nombrarlos es fácil. Como meras palabras están en boca de todos los hombres, pero como fuentes fijas de acción, que no admiten compromiso, pocos los han aprendido. En esta breve charla trataré solo cinco de estos principios. Estos cinco se encuentran entre los más simples de los principios fundamentales de la vida, pero son los que más se acercan a la vida cotidiana, pues atañen al artesano, al hombre de negocios, al cabeza de familia, al ciudadano, en cada momento. No se puede prescindir de ninguno de ellos sin un alto coste, y aquel que se perfecciona en su aplicación se elevará por encima de muchos de los problemas y fracasos de la vida, y entrará en esos manantiales y corrientes de pensamiento que fluyen armoniosamente hacia las regiones del éxito duradero. El primero de estos principios es:

El Deber . Una palabra muy manida, lo sé, pero contiene una joya rara para quien la busque con asidua aplicación. El principio del deber significa una estricta adhesión a los propios asuntos, y una igualmente estricta no interferencia en los asuntos de los demás. El hombre que continuamente instruye a otros, gratuitamente, sobre cómo manejar sus asuntos, es el que peor maneja los suyos.

El deber también significa una atención indivisa al asunto en cuestión, una concentración inteligente de la mente en el trabajo a realizar; incluye todo lo que se entiende por minuciosidad, exactitud y eficiencia. Los detalles de los deberes difieren con los individuos, y cada hombre debería conocer su propio deber mejor que el de su vecino, y mejor de lo que su vecino conoce el suyo; pero aunque los detalles prácticos difieran, el principio es siempre el mismo. ¿Quién ha dominado las exigencias del deber?

La Honestidad es el siguiente principio. Significa no engañar ni cobrar de más a otro. Implica la ausencia de todo ardid, mentira y engaño de palabra, mirada o gesto. Incluye la sinceridad, el decir lo que se piensa y el pensar lo que se dice. Desdeña la política rastrera y el cumplido zalamero. Construye buenas reputaciones, y las buenas reputaciones construyen buenos negocios, y una alegría radiante acompaña al éxito bien merecido. ¿Quién ha escalado las cumbres de la Honestidad?

La Economía es el tercer principio. La conservación de los propios recursos financieros es meramente el vestíbulo que conduce a las cámaras más espaciales de la verdadera economía. Significa, también, la administración de la propia vitalidad física y de los recursos mentales. Exige la conservación de la energía mediante la evitación de autocomplacencias enervantes y hábitos sensuales. Reserva para su seguidor fuerza, resistencia, vigilancia y capacidad para lograr. Otorga un gran poder a quien la aprende bien. ¿Quién ha comprendido en toda su fuerza el poder supremo de la Economía?

La Liberalidad sigue a la economía. No se le opone. Solo el hombre de economía puede permitirse ser generoso. El derrochador, ya sea en dinero, vitalidad o energía mental, malgasta tanto en sus propios placeres miserables que no le queda nada para otorgar a los demás. Dar dinero es la parte más pequeña de la liberalidad. Existe el dar pensamientos, y hechos, y simpatía, el otorgar buena voluntad, el ser generoso con los calumniadores y

oponentes. Es un principio que engendra una influencia noble y de largo alcance. Trae amigos entrañables y camaradas leales, y es enemigo de la soledad y la desesperación. ¿Quién ha medido la amplitud de la Liberalidad?

El Autocontrol es el último de estos cinco principios, y sin embargo, el más importante. Su descuido es la causa de una vasta miseria, innumerables fracasos y decenas de miles de ruinas financieras, físicas y mentales. Mostradme al hombre de negocios que pierde los estribos con un cliente por algún asunto trivial, y os mostraré a un hombre que, por esa condición mental, está condenado al fracaso. Si todos los hombres practicaran siquiera las etapas iniciales del autocontrol, la ira, con su fuego consumidor y destructor, sería desconocida. Las lecciones de paciencia, pureza, gentileza, amabilidad y firmeza que se contienen en el principio del autocontrol, son aprendidas lentamente por los hombres, pero hasta que no se aprenden de verdad, el carácter y el éxito de un hombre son inciertos e inseguros. ¿Dónde está el hombre que se ha perfeccionado en el autocontrol? Dondequiera que esté, es un verdadero Maestro.

Los cinco principios son cinco prácticas, cinco vías hacia el logro y cinco fuentes de conocimiento. Es un viejo dicho y una buena regla que «la práctica hace al maestro», y quien quiera hacer suya la sabiduría inherente a esos principios, no debe simplemente tenerlos en sus labios; deben estar establecidos en su corazón. Para conocerlos y recibir lo que solo ellos pueden traer, debe ponerlos en práctica y manifestarlos en sus acciones.

MÉTODOS SÓLIDOS

De los cinco Principios Rectos precedentes, cuando se comprenden y practican verdaderamente, emanarán Métodos Sólidos. Los principios rectos se manifiestan en la acción armoniosa, y el método es a la vida lo que la ley es al universo. En todas partes del universo existe el ajuste armonioso de las partes, y es esta simetría y armonía lo que revela un cosmos, a diferencia del caos. Así, en la vida humana, la diferencia entre una vida verdadera y una falsa, entre una con propósito y eficaz y una sin propósito y débil, es una cuestión de método. La vida falsa es una mezcla incoherente de pensamientos, pasiones y acciones; la vida verdadera es un ajuste ordenado de todas sus partes. Es toda la diferencia entre un montón de madera y una máquina eficiente que funciona sin problemas. Una pieza de maquinaria en perfecto estado de funcionamiento no solo es algo útil, sino también admirable y atractivo; pero cuando sus piezas están desajustadas y se niegan a ser reajustadas, su utilidad y atractivo desaparecen, y se arroja al montón de chatarra. Del mismo modo, una vida perfectamente ajustada en todas sus partes para alcanzar el punto más alto de eficiencia, no solo es algo poderoso, sino también excelente y hermoso; mientras que una vida confusa, inconsistente, discordante, es una deplorable exhibición de energía desperdiciada.

Si la vida ha de ser verdaderamente vivida, el método debe entrar en cada detalle de ella y regularlo, tal como entra y regula cada detalle del maravilloso universo del que formamos parte. Una de las diferencias distintivas entre un hombre sabio y uno necio es que el hombre sabio presta cuidadosa atención a las cosas más pequeñas, mientras que el hombre necio las pasa por alto o las descuida por completo. La sabiduría consiste en mantener las cosas en sus relaciones correctas, en mantener todas las cosas, las más pequeñas tanto como las más grandes, en sus lugares y tiempos adecuados. Violar el orden es producir confusión y discordia, y la infelicidad no es sino otro nombre para la discordia.

El buen hombre de negocios sabe que el sistema es tres cuartas partes del éxito, y que el desorden significa fracaso. El hombre sabio sabe que una vida disciplinada y metódica es tres cuartas partes de la felicidad, y que la disolución significa miseria. ¿Qué es un necio sino alguien que piensa descuidadamente, actúa precipitadamente y vive disolutamente? ¿Qué es un hombre sabio sino alguien que piensa cuidadosamente, actúa con calma y vive coherentemente?

El verdadero método no termina con la disposición ordenada de las cosas materiales y las relaciones externas de la vida; esto es solo su comienzo; entra en el ajuste de la mente: la disciplina de las pasiones, la eliminación y elección de las palabras en el habla, la disposición lógica de los pensamientos y la selección de las acciones correctas.

Para lograr una vida sólida, exitosa y dulce mediante la aplicación de métodos sólidos, uno debe comenzar, no descuidando las pequeñas cosas cotidianas, sino prestando una atención asidua a ellas. Así, la hora de levantarse es importante, y su regularidad significativa; como también lo son la hora de retirarse a descansar y el número de horas dedicadas al sueño. Entre la regularidad y la irregularidad de las comidas, y el cuidado y el descuido con que se consumen, reside toda la diferencia entre una buena y una mala digestión (con todo lo que esto implica) y un estado de ánimo irritable o confortable, con su séquito de buenas o malas consecuencias, pues, asociados a estos horarios y modos de comer hay asuntos de importancia tanto fisiológica como psicológica. La debida división de las horas para el trabajo y para el ocio, sin confundir ambos; el encaje ordenado de todos los detalles del propio negocio; tiempos para la soledad, para el pensamiento silencioso y para la acción efectiva; para comer y para la abstinencia: todas estas cosas deben tener su lugar legítimo en la vida de aquel cuya «ronda diaria» ha de proceder con el mínimo grado de fricción, que ha de obtener el máximo de utilidad, influencia y alegría de la vida.

Pero todo esto no es más que el comienzo de ese método integral que abarca la vida y el ser enteros. Cuando este orden fluido y esta coherencia lógica se extienden a las palabras y las acciones, a los pensamientos y los deseos, entonces la sabiduría emerge de la necedad, y de la debilidad surge un poder sublime. Cuando un hombre ordena su mente de tal manera que produce una hermosa armonía funcional entre todas sus partes, entonces alcanza la más alta sabiduría, la más alta eficiencia, la más alta felicidad.

Pero este es el final; y quien quiera alcanzar el final debe empezar por el principio. Debe sistematizar y hacer lógicas y fluidas las más pequeñas minucias de su vida, procediendo paso a paso hacia la realización acabada. Pero cada paso rendirá su propia medida particular de fuerza y alegría.

En resumen, el método produce esa fluidez que acompaña a la fuerza y la eficiencia. La disciplina es el método aplicado a la mente. Produce esa cal-

ma que acompaña al poder y la felicidad. El método es trabajar según una regla; la disciplina es vivir según una regla. Pero trabajar y vivir no están separados; no son más que dos aspectos del carácter, de la vida.

Por lo tanto, sé ordenado en el trabajo; sé preciso en el hablar; sé lógico en el pensar. Entre esto y la dejadez, la imprecisión y la confusión, está la diferencia entre el éxito y el fracaso, la música y la discordia, la felicidad y la miseria.

La adopción de métodos sólidos de trabajo, de acción, de pensamiento — en una palabra, de vida — es el cimiento más seguro y firme para una salud sólida, un éxito sólido y una paz mental sólida. El cimiento de métodos débiles resultará ser inestable y producirá miedo e inquietud incluso cuando parezca tener éxito; cuando llega el fracaso, es ciertamente doloroso.

ACCIONES VERDADERAS

Tras los Principios Rectos y los Métodos Sólidos, vienen las Acciones Verdaderas. Quien se esfuerza por comprender los principios verdaderos y trabajar con métodos sólidos, pronto percibirá que los detalles de la conducta no pueden ser pasados por alto; que, de hecho, esos detalles son fundamentalmente distintivos o creativos, según su naturaleza, y son, por lo tanto, de profundo significado y vasta importancia; y esta percepción y conocimiento de la naturaleza y el poder de las acciones pasajeras se abrirá y crecerá gradualmente dentro de él como una visión añadida, una nueva revelación. A medida que adquiera esta perspicacia, su progreso será más rápido, su camino en la vida más seguro, sus días más serenos y pacíficos; en todas las cosas seguirá el camino verdadero y directo, sin ser influenciado ni perturbado por las fuerzas externas que juegan a su alrededor. No es

que sea indiferente al bienestar y la felicidad de quienes lo rodean; eso es otra cosa muy distinta; sino que será indiferente a sus opiniones, a su ignorancia, a sus pasiones ingobernadas. Por Acciones Verdaderas, de hecho, se entiende actuar correctamente hacia los demás, y el que obra rectamente sabe que las acciones acordes con la verdad no son sino para la felicidad de quienes lo rodean, y las llevará a cabo aunque surja una ocasión en que alguien cercano le aconseje o le implore que haga lo contrario.

Las acciones verdaderas pueden distinguirse fácilmente de las falsas por todos los que deseen hacerlo para evitar la acción falsa y adoptar la verdadera. Así como en el mundo material distinguimos las cosas por su forma, color, tamaño, etc., eligiendo las que necesitamos y desechando las que no nos son útiles, así en el mundo espiritual de los hechos podemos distinguir entre los que son malos y los que son buenos por su naturaleza, su objetivo y su efecto, y podemos elegir y adoptar los que son buenos, e ignorar los que son malos.

En todas las formas de progreso, evitar lo malo siempre precede a la aceptación y el conocimiento de lo bueno, así como un niño en la escuela aprende a hacer bien sus lecciones cuando se le señala repetidamente cómo las ha hecho mal. Si uno no sabe qué está mal y cómo evitarlo, ¿cómo puede saber qué está bien y cómo practicarlo? Las acciones malas, o no verdaderas, son aquellas que surgen de la consideración únicamente de la propia felicidad, e ignoran la felicidad de los demás; que nacen en violentas perturbaciones de la mente y deseos ilegítimos, o que requieren ocultación para evitar complicaciones indeseables. Las acciones buenas, o verdaderas, son aquellas que surgen de una consideración por los demás; que nacen en la razón serena y el pensamiento armonioso enmarcado en principios morales, o que no implicarán al autor en consecuencias vergonzosas si salen a la plena luz del día.

El que obra rectamente evitará aquellos actos de placer y gratificación personal que por su naturaleza traen molestia, dolor o sufrimiento a otros, por insignificantes que puedan parecer esas acciones. Empezará por desechar estas; obtendrá un conocimiento de lo desinteresado y verdadero sacrificando primero lo egoísta y no verdadero. Aprenderá a no hablar ni actuar con ira, envidia o resentimiento, sino que estudiará cómo controlar su mente y la restaurará a la calma antes de actuar; y, lo más importante de todo, evitará, como quien evita beber un veneno mortal, aquellos actos de

engaño, doblez, para obtener algún provecho o ventaja personal, y que conducen, tarde o temprano, a la exposición y la vergüenza para quien los comete. Si un hombre se siente impulsado a hacer algo que necesita ocultar, y que no defendería lícita y francamente si fuera examinado por testigos, debería saber por ello que es un acto incorrecto y, por lo tanto, debe ser abandonado sin un momento más de consideración.

La puesta en práctica de este principio de honestidad y sinceridad en la acción, además, lo conducirá a un camino de tal consideración en el obrar recto que le permitirá evitar hacer aquellas cosas que lo involucrarían en las prácticas engañosas de otras personas. Antes de firmar papeles, o de entrar en acuerdos verbales o escritos, o de comprometerse con otros de cualquier manera a petición de ellos, particularmente si son extraños, primero indagará sobre la naturaleza del trabajo o empresa, y así, ilustrado, sabrá exactamente qué hacer, y será plenamente consciente de la importancia de su acción. Para el que obra rectamente, la irreflexión es un crimen. Miles de acciones realizadas con buena intención conducen a consecuencias desastrosas porque son actos de irreflexión, y bien se dice que «el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones». El hombre de acciones verdaderas es, por encima de todo, reflexivo: «Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas».

El término irreflexión abarca un amplio campo en el reino de los hechos. Solo aumentando en reflexión puede un hombre llegar a comprender la naturaleza de las acciones y, por lo tanto, adquirir el poder de hacer siempre lo que es correcto. Es imposible que un hombre sea reflexivo y actúe neciamente. La reflexión abarca la sabiduría.

No es suficiente que una acción sea impulsada por un buen impulso o intención; debe surgir de una consideración reflexiva si ha de ser una acción verdadera; y el hombre que desea ser permanentemente feliz en sí mismo y una fuerza para el bien de los demás debe ocuparse únicamente de acciones verdaderas. «Lo hice con la mejor de las intenciones» es una pobre excusa de quien se ha involucrado irreflexivamente en el mal obrar de otros. Su amarga experiencia debería enseñarle a actuar con más reflexión en el futuro.

Las acciones verdaderas solo pueden surgir de una mente verdadera; y por lo tanto, mientras un hombre aprende a distinguir y elegir entre lo falso

y lo verdadero, está corrigiendo y perfeccionando su mente, y por ende, la está haciendo más armoniosa y feliz, más eficiente y poderosa. A medida que adquiere el «ojo interior» para distinguir claramente lo correcto en todos los detalles de la vida, y la fe y el conocimiento para hacerlo, se dará cuenta de que está construyendo la casa de su carácter y su vida sobre una roca que los vientos del fracaso y las tormentas de la persecución nunca podrán socavar.

LA PALABRA VERAZ

La Verdad solo se conoce mediante la práctica. Sin sinceridad no puede haber conocimiento de la Verdad; y la palabra veraz es el principio de toda sinceridad. La Verdad, en toda su belleza nativa y simplicidad original, consiste en abandonar y no hacer todas aquellas cosas que no son veraces, y en abrazar y hacer todas aquellas cosas que son veraces. La palabra veraz es, por lo tanto, uno de los comienzos elementales en la vida de la Verdad. La falsedad y todas las formas de engaño; la calumnia y todas las formas de maledicencia deben ser totalmente abandonadas y abolidas antes de que la mente pueda recibir siquiera un pequeño grado de iluminación espiritual. El mentiroso y el calumniador están perdidos en la oscuridad; tan profunda es su oscuridad que no pueden distinguir entre el bien y el mal, y se persuaden a sí mismos de que su mentira y su maledicencia son necesarias y buenas, que de ese modo se protegen a sí mismos y a otras personas.

Que el aspirante a estudiante de «cosas superiores» se examine a sí mismo y se cuide del autoengaño. Si es dado a proferir palabras que engañan, o a hablar mal de los demás —si habla con insinceridad, envidia o malicia—, entonces aún no ha comenzado a estudiar cosas superiores. Puede que esté

estudiando metafísica, o milagros, o fenómenos psíquicos, o maravillas astrales; puede que esté estudiando cómo comunicarse con seres invisibles, viajar invisiblemente durante el sueño, o producir fenómenos curiosos; puede incluso estudiar la espiritualidad teóricamente y como un mero estudio de libros, pero si es un engañador y un difamador, la vida superior le está oculta. Porque las cosas superiores son estas: rectitud, sinceridad, inocencia, pureza, bondad, gentileza, fidelidad, humildad, paciencia, piedad, compasión, abnegación, alegría, buena voluntad, amor; y quien quiera estudiarlas, conocerlas y hacerlas suyas, debe practicarlas, no hay otro modo.

La mentira y la maledicencia pertenecen a las formas más bajas de ignorancia espiritual, y no puede existir tal cosa como la iluminación espiritual mientras se practiquen. Sus padres son el egoísmo y el odio.

La calumnia es afín a la mentira, pero es aún más sutil, ya que frecuentemente se asocia con la indignación y, al asumir con más éxito la apariencia de verdad, atrapa a muchos que no dirían una falsedad deliberada. Porque la calumnia tiene dos caras: está el crearla o repetirla, y está el escucharla y actuar en consecuencia. El calumniador sería impotente sin un oyente. Las malas palabras requieren un oído receptivo al mal en el que puedan caer, antes de que puedan florecer; por lo tanto, quien escucha una calumnia, la cree y se deja influenciar en contra de la persona cuyo carácter y reputación son difamados, se encuentra en la misma posición que aquel que urdió o repitió el infundio. El maledicente es un calumniador activo; el que escucha el mal es un calumniador pasivo. Los dos son cooperadores en la propagación del mal.

La calumnia es un vicio común y uno oscuro y mortal. Un infundio comienza en la ignorancia y prosigue su ciego camino en la oscuridad. Generalmente tiene su origen en un malentendido. Alguien siente que él, o ella, ha sido mal tratado y, lleno de indignación y resentimiento, se desahoga con sus amigos y otros en un lenguaje vehemente, exagerando la enormidad de la supuesta ofensa a causa del sentimiento de agravio que lo posee; sus oyentes, sin escuchar la versión de la otra persona sobre lo que ha ocurrido, y sin más prueba que las palabras violentas de un hombre o una mujer enojados, se vuelven fríos en su actitud hacia la persona de la que se habla, y repiten a otros lo que se les ha dicho, y como tal repetición es siempre más o menos inexacta, pronto un informe distorsionado y completamente falso pasa de boca en boca.

Es porque la calumnia es un vicio tan común que puede causar el sufrimiento y el daño que causa. Es porque tantos (no malhechores deliberados, e inconscientes de la naturaleza del mal en el que tan fácilmente caen) están dispuestos a dejarse influenciar en contra de alguien a quien hasta ahora habían considerado honorable, que un infundio puede hacer su obra mortal. Sin embargo, su obra solo tiene efecto entre aquellos que no han adquirido por completo la virtud de la palabra veraz, cuya causa es una mente amante de la verdad. Cuando alguien que no se ha liberado por completo de repetir o creer un infundio sobre otro, oye un infundio sobre sí mismo, su mente se enciende con ardiente resentimiento, su sueño se interrumpe y su paz mental se destruye. Piensa que la causa de todo su sufrimiento está en el otro hombre y en lo que ese hombre ha dicho sobre él, e ignora la verdad de que la raíz y la causa de su sufrimiento yace en su propia presteza a creer un infundio sobre otro. El hombre virtuoso —aquel que ha alcanzado la palabra veraz, y cuya mente está sellada incluso contra la apariencia de maledicencia— no puede ser herido ni perturbado por ningún infundio sobre sí mismo; y aunque su reputación pueda ser manchada por un tiempo en las mentes de aquellos que son propensos a las sugerencias del mal, su integridad permanece intacta y su carácter sin mácula; pues nadie puede ser manchado por las malas acciones de otro, sino solo por su propio obrar incorrecto. Y así, a través de toda tergiversación, malentendido y oprobio, permanece imperturbable y sin deseos de venganza; su sueño no es alterado y su mente permanece en paz.

La palabra veraz es el comienzo de una vida pura, sabia y bien ordenada. Si uno quiere alcanzar la pureza de vida, si quiere disminuir el mal y el sufrimiento del mundo, que abandone la falsedad y la calumnia en pensamiento y palabra, que evite incluso la apariencia de estas cosas, pues no hay mentiras y calumnias tan mortales como aquellas que son verdades a medias, y que no sea partícipe de la maledicencia escuchándola. Que tenga también compasión del maledicente, sabiendo cómo tal persona se ata a sí misma al sufrimiento y la inquietud; pues ningún mentiroso puede conocer la dicha de la Verdad; ningún calumniador puede entrar en el reino de la paz.

Por las palabras que profiere se declara la condición espiritual de un hombre; por estas también es él juzgado final e infaliblemente, pues como

declaró el Divino Maestro del mundo cristiano: —«Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado».

ECUANIMIDAD

Tener una mente ecuánime es tener una mente en paz, pues no se puede decir que un hombre haya alcanzado la paz si permite que su mente sea perturbada y desequilibrada por los acontecimientos.

El hombre de sabiduría es desapasionado y se enfrenta a todas las cosas con la calma de una mente en reposo y libre de prejuicios. No es un partidario, habiendo desechado la pasión, y siempre está en paz consigo mismo y con el mundo, sin tomar partido ni defenderse, sino simpatizando con todos.

El partidario está tan convencido de que su propia opinión y su propio bando son los correctos, y que todo lo que va en contra de ellos es incorrecto, que no puede pensar que haya algo bueno en la otra opinión y en el otro bando. Vive en una fiebre continua de ataque y defensa, y no conoce la paz serena de una mente ecuánime.

El hombre de mente ecuánime se vigila a sí mismo para controlar y superar hasta la más mínima apariencia de pasión y prejuicio en su mente, y al hacerlo, desarrolla simpatía por los demás y llega a comprender su posición y su estado mental particular; y a medida que llega a comprender a los demás, percibe la necesidad de condenarlos y oponerse a ellos. Así crece en su corazón una caridad divina que no puede ser limitada, sino que se extiende a todas las cosas que viven, luchan y sufren.

Cuando un hombre está bajo el dominio de la pasión y el prejuicio, está espiritualmente ciego. No viendo más que el bien en su propio bando y nada más que el mal en el otro, no puede ver nada como realmente es, ni siquiera su propio bando; y al no comprenderse a sí mismo, no puede comprender los corazones de los demás, y piensa que es correcto que los condene. Así crece en su corazón un oscuro odio por aquellos que se niegan a ver como él y que lo condenan a su vez; se separa de sus semejantes y se confina en una estrecha cámara de tortura de su propia creación.

Dulces y pacíficos son los días del hombre de mente ecuaníme, fructíferos en bien y ricos en múltiples bendiciones. Guiado por la sabiduría, evita aquellos senderos que descienden al odio, la tristeza y el dolor, y toma aquellos que ascienden al amor, la paz y la dicha. Los acontecimientos de la vida no le perturban, ni se aflige por aquellas cosas que la humanidad considera penosas, pero que deben acaecer a todos los hombres en el curso ordinario de la naturaleza. No se siente eufórico por el éxito ni abatido por el fracaso. Ve los eventos de su vida dispuestos en sus proporciones adecuadas, y no encuentra lugar para deseos egoístas o vanos lamentos, para vanas anticipaciones y decepciones infantiles.

¿Y cómo se adquiere esta ecuanimidad, este bendito estado de la mente y de la vida? Solo superándose a uno mismo, solo purificando el propio corazón, pues la purificación del corazón conduce a la comprensión imparcial, la comprensión imparcial conduce a la ecuanimidad, y la ecuanimidad conduce a la paz. El hombre impuro es arrastrado sin remedio por las olas de la pasión; el hombre puro se guía a sí mismo hacia el puerto del reposo. El necio dice: «Tengo una opinión»; el sabio se ocupa de sus asuntos.

BUENOS RESULTADOS

Una parte considerable de los acontecimientos de la vida nos llegan sin ninguna elección directa por nuestra parte, y tales acontecimientos generalmente se consideran sin relación con nuestra voluntad o carácter, sino que aparecen fortuitamente, como si ocurrieran sin una causa. Así, se dice de uno que es «afortunado» y de otro «desafortunado», infiriendo que cada uno ha recibido algo que nunca ganó, que nunca causó. Sin embargo, una reflexión más profunda y una visión más clara de la vida nos convencen de que nada sucede sin una causa, y que causa y efecto están siempre relacionados en perfecto ajuste y armonía. Siendo esto así, todo acontecimiento que nos afecta directamente está íntimamente relacionado con nuestra propia voluntad y carácter; es, de hecho, un efecto justamente relacionado con una causa que tiene su asiento en nuestra conciencia. En una palabra, los acontecimientos involuntarios de la vida son los resultados de nuestros propios pensamientos y acciones. Esto, lo admito, no es aparente en la superficie, pero ¿qué ley fundamental, incluso en el universo físico, es tan aparente? Si el pensamiento, la investigación y el experimento son necesarios para descubrir los principios que relacionan un átomo material con otro, igualmente son imperativos para la percepción y comprensión del modo de acción que relaciona una condición mental con otra; y tales modos, tales leyes, son conocidas por el que obra rectamente, por aquel que ha adquirido una mente comprensiva mediante la práctica de acciones verdaderas.

Cosechamos lo que sembramos. Aquellas cosas que nos llegan, aunque no por nuestra propia elección, son por nuestra causa. El borracho no eligió el *delirium tremens* o la locura que le sobrevino, pero lo causó con sus propias acciones. En este caso, la ley es clara para todas las mentes, pero donde no es tan clara, no es por ello menos cierta. Dentro de nosotros mismos se encuentra la causa profunda de todos nuestros sufrimientos, el manantial de todas nuestras alegrías. Altera el mundo interior de los pensamientos, y el mundo exterior de los acontecimientos dejará de traerte pesar; haz puro el corazón, y para ti todas las cosas serán puras, todos los acontecimientos felices y en verdadero orden.

«Dentro de vosotros mismos la liberación ha de ser buscada,

Cada hombre su propia prisión construye.

Cada uno posee tal señorío como los más elevados;

No, pues con Poderes arriba, alrededor, abajo,

Como con toda carne y todo lo que vive,

El Acto engendra alegría o desdicha.»

Nuestra vida es buena o mala, esclava o libre, según su causalidad en nuestros pensamientos, pues de estos pensamientos surgen todas nuestras acciones; y de estas acciones provienen resultados equitativos. No podemos apoderarnos de los buenos resultados violentamente, como un ladrón, y reclamarlos y disfrutarlos, pero podemos hacer que ocurran poniendo en marcha las causas dentro de nosotros mismos.

Los hombres se afanan por el dinero, suspiran por la felicidad y poseerían gustosamente la sabiduría, pero no consiguen estas cosas, mientras ven a otros a quienes estas bendiciones parecen llegarles sin ser pedidas. La razón es que han generado causas que impiden la realización de sus deseos y esfuerzos.

Cada vida es una red perfectamente tejida de causas y efectos, de esfuerzos (o falta de esfuerzos) y resultados, y los buenos resultados solo pueden alcanzarse iniciando buenos esfuerzos, buenas causas. El que realiza acciones verdaderas, que sigue métodos sólidos basados en principios rectos, no necesitará esforzarse y luchar por buenos resultados; estarán allí como los efectos de su justa regla de vida. Cosechará el fruto de sus propias acciones, y la cosecha será en alegría y paz.

Esta verdad de sembrar y cosechar en la esfera moral es sencilla, pero los hombres tardan en comprenderla y aceptarla. Un Sabio nos ha dicho que «los hijos de las tinieblas son más sabios en su generación que los hijos de la luz», ¿y quién esperaría, en el mundo material, cosechar y comer donde no ha sembrado y plantado? ¿O quién esperaría cosechar trigo en el campo donde sembró cizaña, y se pondría a llorar y a quejarse si no lo hiciera? Sin embargo, esto es exactamente lo que los hombres hacen en el campo espiritual de la mente y la acción. Hacen el mal y esperan obtener de él el bien, y cuando llega la amarga cosecha en toda su madura plenitud, caen en la desesperación y lamentan la dureza e injusticia de su suerte, atribuyéndola generalmente a las malas acciones de otros, negándose incluso a admitir la posibilidad de que su causa esté oculta en ellos mismos, en sus propios pensamientos y acciones. Los hijos de la luz —aquellos que buscan los principios fundamentales del vivir recto con miras a convertirse en seres sabios y felices— deben entrenarse para observar esta ley de causa y efecto en pen-

samiento, palabra y obra, tan implícita y obedientemente como el jardinero obedece la ley de la siembra y la cosecha. Él ni siquiera cuestiona la ley; la reconoce y la obedece. Cuando la sabiduría que él practica instintivamente en su jardín sea practicada por los hombres en el jardín de sus mentes — cuando la ley de la siembra de acciones sea tan plenamente reconocida que ya no pueda ser dudada o cuestionada — entonces será seguida con la misma fidelidad mediante la siembra de aquellas acciones que producirán una cosecha de felicidad y bienestar para todos. Así como los hijos de la materia obedecen las leyes de la materia, que los hijos del espíritu obedezcan las leyes del espíritu, pues la ley de la materia y la ley del espíritu son una; no son más que dos aspectos de una misma cosa; la manifestación de un principio en direcciones opuestas.

Si observamos los principios o causas correctos, es imposible que se produzcan efectos incorrectos. Si seguimos métodos sólidos, ningún hilo de mala calidad podrá encontrar su camino en el tejido de nuestra vida, ningún ladrillo podrido entrará en la construcción de nuestro carácter para hacerlo inseguro; y si realizamos acciones verdaderas, ¿qué sino buenos resultados pueden ocurrir?; pues decir que las buenas causas pueden producir malos efectos es como decir que se pueden cosechar ortigas de una siembra de maíz.

Aquel que ordena su vida según las líneas morales así brevemente enunciadas, alcanzará tal estado de perspicacia y equilibrio que lo hará permanentemente feliz y perennemente dichoso; todos sus esfuerzos serán plantados a su debido tiempo; todos los resultados de su vida serán buenos, y aunque no se convierta en millonario — como, de hecho, no tendrá ningún deseo de serlo — adquirirá el don de la paz, y el verdadero éxito le servirá como a su señor imperante.